



ADOLFO ERNST

Una obra que trasciende el tiempo

*Texto: Antonio Padrón Toro
Fotografía: Colección Antonio y Sonia Padrón Toro*

Adolfo Ernst fue uno de los grandes promotores de la Venezuela del siglo XIX. Judío de origen, llega al país a los 29 años en 1861, procedente de Hamburgo, Alemania, con la idea de seguir los pasos del sabio y naturalista Alejandro de Humboldt, quién ya había difundido las bellezas y riquezas de nuestro territorio en su tan divulgada *“Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente”*.

Fue etnógrafo, lingüista, geólogo, antropólogo, zoológico y botánico. Admirador del sabio y presidente de la República, José María Vargas y, por supuesto, colaborador de la afamada revista *El Cojo Ilustrado* (1892-1915). Adolfo Ernst fue uno de los representantes del positivismo venezolano que dio pie a una nueva concepción de la actitud del venezolano para superar la hecatombe revolucionaria y caudillista, consecuencia de la Guerra Federal -llamada también “Larga”, entre 1859 y 1963-, que destruyó al país económica y socialmente.

En pocas palabras, la labor del sabio Ernst fue preponderante. El historiador Guillermo Morón al referirse a su trayectoria sostiene: “que vino al valle de Caracas, por seguir las huellas y el ejemplo de Alejandro de Humboldt -como muchos alemanes lo habían hecho antes- aquí montó su morada definitiva, entregado en cuerpo y alma a la ciencia venezolana. La escribió en español, en francés, en inglés, en alemán, acaso en portugués e italiano... Su obra, abundante, pionera, señaladora de rutas, los judíos venezolanos tienen una nueva tarea que cumplir al divulgar toda su obra”. (Elite, 1964)

Ernst creó la Biblioteca Nacional en Caracas y la de la Universidad Central de Venezuela. Así como también fue el fundador del Museo Nacional y de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.

Promotor de Venezuela

El sabio Ernst tuvo la oportunidad de seleccionar el material científico y artístico para mostrar -acorde a la egocéntrica personalidad del presidente Antonio Guzmán Blanco al celebrar el Centenario de la Muerte del Libertador Simón Bolívar (1883) - el recién construido Palacio del Centenario, en la época del primer gobierno del Ilustre Americano, llamado “Septenio” (1870-1877) donde funcionaba la sede original de la Biblioteca Nacional, el Palacio de las Academias y lo que fue la primera Corte Suprema de Justicia, paralela al Capitolio Federal, hoy día y muy afortunadamente edificaciones existentes y que se han transformado en íconos de la ciudad.

El abierto apoyo del gobierno liberal le dio oportunidad al sabio Adolfo Ernst también de convertirse en el promotor de la “Caracas guzmancista” y promover un sueño de Guzmán Blanco de hacer de Caracas “un pequeño París”, imitando lo que había hecho el arquitecto Haussmann bajo, el también deseo de Napoleón III, cuando creó los famosos bulevares que hoy conforman a la ciudad luz y que culminan con el Arco de Triunfo. Nosotros no tuvimos ningún arco que aglutinara urbanísticamente a la ciudad. Tan sólo el que aún existe, al lado de la Quinta Santa Inés en Caño Amarillo, en recuerdo a la Federación, pero sí creó los bulevares que circundaban al Capitolio Federal y que ayer fueron disfrutados por la sociedad afrancesada que impuso el régimen – muy fotografiadas en postales- y hoy en día son calles normales y sujetas al complicado tránsito caraqueño.

Adolfo Ernst, respondiendo a las ambiciones de Guzmán Blanco, se valió de las fotografías que registraron todas las obras de su llamado “septenio” realizadas por otro alemán tan famoso como lo fue Federico Carlos Lessmann (1826-1886) quien logró un completo registro a la nueva Caracas que había nacido de la euforia anti religiosa del



Retrato de Adolfo Ernst
 Reproducido en: Esteva-Grillet, Roldán: *Guzmán Blanco y el Arte venezolano*.
 Colección el libro menor. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986.

caudillo, quien destruyó a las viejas iglesias de la ciudad, para convertirlas en grandes monumentos, en ocasiones también religiosos y patrióticos como la Iglesia de Santa Teresa y el Panteón Nacional, así como el Teatro Municipal y el gran Palacio que fue sede universitaria, judicial y científica. Ya mencionados.

El sabio se aprovechó de las imágenes de Lessmann para divulgarlas por todo el ámbito europeo y se incluyeron en obras y crónicas que favorecieron la imagen de una Caracas que había superado su pobreza y que podía ser atractiva para la inversión extranjera, que trajo la electricidad, el teléfono, telegrafía, ferrocarriles, puertos, carreteras, navegación, en fin, todo lo que conformó la entrada al modernismo y la reciente industria al país.

Si hay una figura que debe darse a conocer en nuestras nuevas generaciones, tan alejadas del siglo XIX, es la de don Adolfo Ernst, que participó en la conformación de instituciones ligadas a la historia y a las ciencias, además de reconocérsele la virtud de haber creado nuestro primer Museo Nacional y del que afortunadamente hay una detallada bibliografía, para ser reconocida como parte de la memoria de Venezuela. ■